

# EDITORIAL

**E**l presente número de ECCLESIA cubre el segundo trimestre del año 1988. Incluye, por tanto, el mes de mayo del año mariano (7 de Junio de 1987-15 de agosto de 1988) y la visita pastoral del Papa a Uruguay, Paraguay, Bolivia y Perú. Nos parece oportuno hacer una alusión a este acontecimiento y a la presencia de María en América Latina.

En Latinoamérica la devoción mariana tiene una resonancia profunda y peculiar. No se puede comprender el catolicismo de nuestros países sin prestar atención a esta componente de la religiosidad popular de América Latina. Basta mencionar los nombres de los numerosos santuarios marianos que cubren todo el territorio, desde el Río Bravo hasta la Tierra de Fuego, para percatarse de su importancia. Guadalupe, Coromoto, Chiquinquirá, Luján, Altagracia, Bienaparecida... evocan enseguida una vibración espiritual muy profunda en millones de católicos latinoamericanos.

Ciertamente un observador crítico puede notar cómo afloran aquí y allá manifestaciones de una devoción que quizás reclaman una purificación o simplificación, un esclarecimiento doctrinal o una incidencia más profunda y coherente en el comportamiento moral de muchos cristianos. Pero nadie duda, al hacer un balance de los frutos producidos por esta devoción mariana, que los resultados han sido altamente positivos.

En su primer viaje a Latinoamérica, Juan Pablo II, a las puertas de la catedral de México, afirmaba que el noventa y cinco por ciento de los mexicanos era católico y el cien por ciento guadalupano. No se trata simplemente de un juego de palabras o de una expresión humorística. Creo que nos encontramos ante una cristalización concreta de aquel aforismo tradicional: "*Ad Jesum per Mariam*". María ha logrado penetrar profundamente en millones de hogares de nuestros pueblos y ha conferido unos rasgos peculiares al alma latinoamericana: aceptación callada y gozosa de la voluntad de Dios, sentido de la providencia, apertura a lo sobrenatural en las diversas coyunturas de la vida.

No resulta difícil detectar, incluso en aquellos que se encuentran alejados de la práctica cristiana, ese venero de devoción

mariana que, sobre todo en los momentos más difíciles de la vida, abre un horizonte de esperanza, de seguridad y serenidad espiritual, una pista de lanzamiento hacia el encuentro definitivo con el Señor.

“María apareció antes de Cristo en el horizonte de la historia de la salvación” (*Redemptoris Mater* 3). Creo que este preceder histórico de la presencia de María a la llegada de Cristo de algún modo vuelve a repetirse admirablemente en la historia de tantas almas que, a través de la devoción mariana, se mantienen vinculadas o retornan al mensaje evangélico.

Juan Pablo II nos ha invitado durante este año mariano a hacer de esta devoción una realidad más profunda, madura y coherente. Para lograrlo nos propone el ejemplo mismo de María:

“La Iglesia fija sus ojos en Tí como en su propio MODELO. Los fija especialmente en este período en que se dispone a celebrar la llegada del tercer milenio de la era cristiana. Para prepararse mejor a ese acontecimiento la Iglesia dirige sus ojos a Tí, que fuiste el instrumento providencial del que se valió el Hijo de Dios para hacerse Hijo del hombre y dar comienzo a los tiempos nuevos” (Disc. 1 Enero 1987, Fest. de Santa María, Madre de Dios).

En la encíclica *Redemptoris Mater*, orienta nuestra atención hacia el ejemplo estimulante de María, “que avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su hijo hasta la cruz” (*Redemptoris Mater*, 2).

Ahora que aquellos se preparan para recibir en estos días la visita pastoral de Juan Pablo II, durante el mes de mayo y en el marco de la celebración del V Centenario de la Evangelización, no es muy arriesgado aventurar que el Papa tocará en sus discursos el tema mariano y la urgencia de la evangelización del continente.

Entre tantas iniciativas que pretenden, de una u otra manera, resaltar el V Centenario de la Evangelización, —congresos, publicaciones, convenios culturales internacionales...—, existe la posibilidad de distanciarse del núcleo central de esta realidad histórica. Por eso nos parece muy feliz la expresión de Mons. Darío Castrillón Hoyos, Obispo de Pereira, Colombia, y Presidente del CELAM, en una entrevista a radio vaticana. “Celebramos la llegada de la cruz, con todas sus vicisitudes históricas”. La sencillez de la frase no disminuye su profundidad, sino que la acrecienta. Se trata nada menos que de la inserción de los pueblos de América Latina en la historia de la salvación, del encuentro de millones de hombres con la

luz de la cruz y del mensaje evangélico. En definitiva, es una "celebración de la Redención, como diría el mismo prelado, de la presencia del Señor en quinientos años de América Latina".

El descubrimiento de las nuevas tierras puso parcialmente al desnudo el valor categórico de aquella frase lapidaria: "*post evangelium promulgatum*". Debido al descubrimiento de las nuevas tierras, de los así llamados "indios insulanos", como diría Francisco de Vitoria, se originó entonces un movimiento misionero extraordinario. No es triunfalismo llamarlo gesta o epopeya si se estudia con atención su desarrollo histórico. Ríos, valles, nieves, pampas, cordilleras se vieron recorridas por el celo de los misioneros. Estos no se preocuparon únicamente de adentrarse geográficamente en las nuevas tierras, sino que se esforzaron por entrar en el alma y en la cultura de los nuevos pueblos y de transmitirles, casi siempre en su propia lengua, el mensaje del evangelio.

El contacto actual con los catecismos bilingües o trilingües, con las cartillas, diccionarios, sermonarios, juntas eclesiásticas, concilios provinciales nos permite revivir esa epopeya, esa progresiva organización de la iglesia naciente que, poco a poco, iba consolidándose.

Este contacto con la historia de la evangelización de Latinoamérica no sólo nos llena de admiración, al constatar esa labor esforzada y fecunda de tantos misioneros, sino que también debe ser un estímulo para captar el reto de las nuevas generaciones (el cincuenta por ciento de los habitantes de Latinoamérica tiene menos de XX años), que esperan el mensaje del Evangelio y formarán la Iglesia del mañana.

Los lemas de preparación para la visita del Papa "Juan Pablo II, Mensajero de Amor", (Paraguay), "Juan Pablo II, Sembrador de Justicia y Amor" (Bolivia), "Juan Pablo II, Maestro de Fe" (Uruguay), manifiestan una actitud de receptividad ante el mensaje del Vicario de Cristo y, al mismo tiempo, una conciencia de las tareas fundamentales que nuestra Iglesia Latinoamericana tiene que afrontar: la evangelización de la fe y la construcción de una sociedad impulsada y vivificada por la justicia y caridad cristianas. La presencia de María, "Estrella de la Evangelización", como diría Juan Pablo II, constituye un motivo de alegría y una fuente de esperanza en la consecuencia de estos objetivos prioritarios.

# La Caricatura del Rey

## *Sentido político de la muerte de Jesús*

*David Kapkin*

### 1. INTRODUCCION

**E**l relato más antiguo en que conservó la tradición cristiana los sucesos de la muerte de Jesús presenta la escena de la crucifixión como un acontecimiento infamante: “Era la hora tercera cuando lo crucificaron. Y estaba la inscripción de su causa: ‘El Rey de los judíos’. Y con él crucifican a dos ladrones, uno a la derecha y el otro a la izquierda de él” (Mc 15,25-27). Sobre el lugar de la ejecución se erguía, pues, en el centro la cruz del Rey de los judíos, acompañada a ambos lados por las cruces de dos “ladrones”, que cual visires o ministros hacían corte a este rey de ignominia. En el lenguaje de la época, como lo atestigua fehacientemente Flavio Josefo, el vocablo “ladrón” era la designación corriente para los insurgentes que se atrevían a desafiar el poder imperial de Roma.

Lo dicho revela el significado literario y teológico, intentado por los relatores cristianos de la historia de la pasión, de la inscripción que presumiblemente fue fijada sobre el madero vertical de la cruz, encima de la cabeza de Jesús, por las autoridades romanas que se encargaron de su ejecución. Se trató de marcar indeleblemente como “el Rey de los judíos” la figura doliente de ese crucificado que se levantaba en el punto central. Las figuras laterales de los “ladrones” crucificados junto a él completan la imagen infamante de esta trágica escena que, como he de decir, constituye un eslabón más en la cadena de ultrajes y burlas a los que fue sometido Jesús por los soldados romanos, desde que fue puesto en su poder. La despiadada pantomima, que tuvo como protagonista al “Rey de los judíos” que-